

Ciencias Sociales (UBA); miembro del Instituto de Investigaciones Gino Germani.

VALERIA BOSOER

Licenciada en Ciencia Política; docente de la Facultad de Ciencias Sociales (carrera de Ciencia Política, UBA); miembro del Instituto de Investigaciones Gino Germani.

JORGE LULO

Profesor de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

MARIO PECHENY

Doctor en Ciencia Política de la Universidad Paris III.

GERMÁN J. PÉREZ

Licenciado en Ciencia Política; doctorando de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

CAROLINA KOSTENBAUM, MICAELA LIBSON, FRANCISCO ROMERO, MARTÍN ARMELINO Y SEBASTIÁN MAURO: los colaboradores son integrantes de la cátedra de Filosofía y métodos de las ciencias sociales, carrera de Ciencia Política, Universidad de Buenos Aires.

Prólogo

FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

El propósito que anima a este libro es el de exponer el amplio conjunto de cuestiones filosóficas relacionadas con el tipo específico de empresa intelectual que representan las ciencias sociales. Tales cuestiones van desde la definición y caracterización del objeto sobre el que las ciencias sociales versan, hasta las implicancias político-normativas a las que las teorías se comprometen cuando intentan dar cuenta de tal objeto. De ahí que pueda decirse que los interrogantes que plantean los artículos aquí compilados no refieren sólo al status científico de las teorías sociales, los métodos que efectivamente utilicen, sus estrategias de explicación, etc. Se trata, en cambio, de una reflexión filosófica más amplia que la simple enumeración de tópicos epistemológicos.

Como diagnóstico general, puede decirse que la bibliografía epistemológica suele consistir casi de manera exclusiva en el análisis de los problemas de las ciencias naturales. Las referencias a las ciencias sociales aparecen sólo para mostrar los problemas que ellas tienen por no cumplir con los ideales de objetividad y control con los que, supuestamente, cumplen las ciencias naturales. Así, desde el inicio, se instala la idea falaz de que las dificultades epistemológicas de las ciencias sociales se deben, por decirlo de modo extravagante, a no ser "demasiado naturales". Incluso corrientes epistemológicas de muy diversa tradición suelen tomar como punto de partida para su análisis a las ciencias naturales, en especial a la física y, a veces, a la biología. No es casual que, cuando se refieren a las ciencias sociales, lo hagan tomando casos de la economía o de la psicología; la primera, porque su capacidad de abstracción y la posibilidad de matematizar muchas de sus hipótesis, la hace parecerse mucho a una ciencia natural; la

psicología, porque no falta quien entienda que sería posible (y deseable) que se transforme algún día en una parte de la neurobiología.

Tendencias epistemológicas opuestas, por ejemplo, Popper o Kuhn (incluso Feyerabend), coinciden en que los problemas de las ciencias naturales. Más aún, tanto Kuhn como Popper coincidirían en ubicar a las ciencias sociales en una etapa retrasada de desarrollo frente a las ciencias naturales. En términos kuhneanos: las ciencias sociales se hallan aún en un estadio precientífico, no han alcanzado un paradigma que hegemonice la discusión y la termine.

Sin embargo, debe señalarse que los problemas de las ciencias sociales han preocupado a la filosofía desde hace mucho. La constitución de las ciencias en su momento llamadas del espíritu, culturales o históricas¹ ya constituía un tema de preocupación filosófica en el siglo XVIII, con Vico, y luego en los siglos XIX y comienzos del XX con Droysen, Dilthey y Rickert.

La filosofía propuso para la diferenciación entre ciencias una distinción doble, basada a la vez en el objeto de estudio y en el método. Mientras las ciencias naturales se ocuparían del mundo natural (un mundo dado e independiente del hombre), las ciencias del espíritu (o culturales o históricas) tendrían por objeto al mundo histórico, ámbito de la acción humana.² Esa diferencia de objeto habilitaba, a su vez, una distinción metodológica. Mientras las ciencias naturales tendrían por meta explicar los casos particulares por referencia a leyes universales; las ciencias culturales estarían interesadas en comprender el caso individual, sin remitirlo a una ley universal que, al englobarlo, lo explique.³

Es bastante claro que en la actualidad esa separación estricta entre comprender y explicar no puede sostenerse. Se acepta, en cambio, una posición de síntesis: las ciencias sociales están interesadas tanto en explicar como en comprender el mundo social. Esto es, están interesadas en por qué ocurren los fenómenos histórico-sociales y cuáles son las condiciones que los hacen posibles. También intentan formular algún tipo de generalizaciones que puedan ser útiles para ser aplicadas a otras situaciones. Hoy se acepta que explicación y comprensión, en lugar de ser dos operaciones opuestas correspondientes a dos tipos de ciencias distintas, son pasos necesarios en la tarea de dar cuenta del mundo humano.⁴

Pero para que explicación y comprensión puedan vincularse, del modo en que parecen hacerlo en las ciencias sociales, es necesario reexaminar la categoría de "causa" y su uso efectivo en las teorías sociales. El concepto tradicional de causa es un concepto humeano, que asume la independencia lógica entre la causa y el efecto. Es decir, no hay nada en la definición de un fenómeno que nos haga saber si es causa o efecto de otro. Por lo tanto, las relaciones causales se fundan en la costumbre de ver pares de fenóme-

nos siempre en determinada relación de contigüidad espacial y sucesión temporal. Asumiendo la uniformidad de la naturaleza, por la cual se acepta que el futuro no será muy distinto al pasado, establecemos relaciones causales como conexiones necesarias. Este sentido humeano de causa, que insisto, asume la independencia lógica entre causas y efectos, es difícilmente aplicable a las ciencias sociales. Si aceptamos que el objeto de las ciencias sociales es de modo privilegiado las acciones de seres intencionales,⁵ la causalidad humeano resulta insuficiente. Cuando se intentan determinar las causas de los fenómenos sociales, en la propia descripción de un fenómeno como "causa de", ya están supuestos el o los efectos posibles a los que tal fenómeno daría lugar.⁶ Para poder decir que tales o cuales acciones fueron las causas para que tal fenómeno se produzca hace falta hablar de causas en un sentido que va más allá del humeano. Del mismo modo, es fundamental entender que las acciones que se analizan como constitutivas de los fenómenos sociales son, en parte, conductas significativas e intencionales cuya misma descripción indica ya los efectos con los que esa acción se puede relacionar.⁷ Aquí también hay que tener en cuenta que esta perspectiva mantiene un margen de intencionalidad en los agentes e involucra la consideración de éstos como "responsables" (al menos en parte) de sus acciones, lo que obliga a prestar atención a las complejas relaciones entre las acciones sociales estudiadas y el contexto efectivo en el que se producen.

Si se redefine la noción de causa de modo de liberarla de la herencia humeano, puede, entonces, decirse que las ciencias sociales explican, aunque no lo hagan apelando al modelo nomológico-deductivo. En efecto, la noción de "causa" en relación con la acción intencional no implica el concepto naturalista de "ley"; esto es, la suposición de que dadas tales condiciones iniciales, y si actúan las leyes generales de cobertura, entonces los efectos tendrán necesariamente lugar. Para el caso de la explicación de la acción, hay que tener en cuenta que no opera nada que sea como la "necesidad natural", es decir, sujetos sociales similares y en condiciones similares, no necesariamente actuarán de la misma manera.

La superación de la vieja antinomia entre explicación y comprensión obliga a reformular no sólo las características de la explicación, sino también las de la comprensión. Efectivamente, para que las ciencias sociales contemporáneas se puedan definir como "comprensivas" o "interpretativas", hizo falta que la comprensión perdiera sus características de técnica empática, incontrolable, involucrada en la "captación intuitiva" de estados emocionales privados e intransferibles, con las que tradicionalmente estuvo asociada.⁸ Cuando hablamos de la comprensión de acciones nos estamos refiriendo, tal como lo señala Winch, a la posibilidad de descubrir las reglas que definen a esa acción como una acción tal, de modo que, al comprenderla –por saber qué reglas la definen– podríamos en cuanto intérpre-

tes actuar como los agentes cuyas acciones tratamos de comprender.⁹ Comprender acciones no resulta ser así ninguna actividad involucrada con descubrir alguna entidad mental oculta. Lo dicho por Winch se puede entender de la siguiente manera: que alguien (*S*) siga un patrón de conducta empíricamente observable relacionado con hacer la acción *x*, no basta para que podamos decir que “*S* está haciendo *x*”, si *S* no sabe que esas conductas constituyen la acción *x* que es la que, supuestamente, quiere realizar y que producirá los efectos que, supuestamente, quiere producir.¹⁰

Ahora bien, estas definiciones delimitan un terreno que no sólo es epistemológico, sino que alcanzan a la propia definición filosófica de la acción como un evento de un tipo particular. Un enfoque que privilegia la búsqueda de leyes que operan más allá de la conciencia de los agentes, definiría la acción como el resultado de fuerzas que tales agentes no gobiernan ni comprenden. En este sentido, el mundo social se homologaría al mundo natural, es decir, un mundo gobernado por leyes que no podríamos modificar, a lo sumo aprovechar de modo “tecnológico” para hacer de él un hábitat más confortable. Las perspectivas que privilegian la consideración de las dimensiones objetivas como determinantes de las acciones sociales, son así variantes más o menos sofisticadas del naturalismo.¹¹ que parecieran aspirar a que las ciencias sociales se transformasen en una especie de “ingeniería social”. La consideración, en cambio, de que el mundo social es un mundo “humano”, producto de las acciones humanas a lo largo de la historia, pone el foco de atención en el hecho de que, aunque primariamente el mundo social sea un mundo dado, en cuanto producto histórico puede ser de otra manera. El énfasis en la inmodificabilidad de lo social y en las leyes que operan más allá de la conciencia de los agentes, se parece finalmente mucho a la “astucia de la razón” hegeliana que termina por reducir a los actores a su mínima expresión, por cuanto el significado de todo cuanto acontece nunca está en lo que ellos conscientemente saben o aceptan.

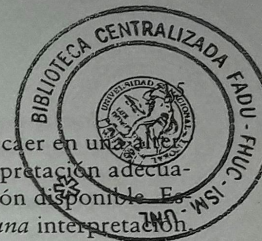
A pesar de la amplitud temática que este libro busca expresar, no hay que dejar de señalar la matriz filosófica en la que los artículos aquí compilados se insertan y que supone un mismo punto de partida: las ciencias sociales son fundamentalmente interpretativas. Esto quiere decir que las teorías sociales no sólo deben vérselas con datos que interpretar (característica que comparten con las teorías de las ciencias naturales), sino que esos datos (que constituyen su base empírica) ya están articulados significativamente por el conocimiento de sentido común. Este peculiar enfoque hermenéutico es el que hace que las ciencias sociales se caractericen por ser “interpretaciones de interpretaciones”. Sus enunciados básicos son de un tipo distinto de los de las ciencias naturales, dado que la base empírica contra la cual se contrastan las teorías sociales está ya constituida por significados.¹²

Todo esto pone en el centro de la discusión el problema de cómo es po-

sible dar con la interpretación adecuada. Hay que evitar caer en una alternativa engañosa: puesto que no podría darse con la interpretación adecuada, las ciencias sociales aceptarían *cualquier* interpretación disponible. Esta alternativa es engañosa porque supone que si no hay una interpretación entonces *no hay ninguna*, en cuyo caso las teorías rivales librarían una discusión que aparentaría ser conceptual, pero, en realidad, no sería más que un ejercicio de retórica. La única manera de evitar tal conclusión es aceptar el relativismo conceptual, fundado en el hecho mismo de que, puesto que no hay un punto de partida no interpretado contra el cual medir las interpretaciones, las mejores interpretaciones serán aquellas que permitan formular una articulación coherente de los significados involucrados. Ahora bien, este modo de proceder no es esencialmente diferente a como procede la comprensión en la vida cotidiana, donde todo el tiempo estamos poniendo a prueba nuestras interpretaciones con las de otros, a la búsqueda de consensos que permitan orientar cursos comunes de acción.¹³ Según este panorama, no es posible encontrar un único paradigma que defina la práctica de los científicos sociales. Por el contrario, teniendo en consideración las prácticas efectivas de los científicos sociales, la diversidad teórica es una característica que debe ser reconocida. Ahora bien, esto no es una debilidad, más bien lo contrario, si el mundo social es complejo, articulado en dimensiones diversas que no admiten su reducción a un patrón único; la pluralidad teórica no es más que una consecuencia de ello, y es una ventaja pues deja en claro que ninguna teoría social agota nunca la rica variedad de la realidad social que toma como objeto.

Los artículos reunidos en este libro son un buen muestrario de los problemas filosóficos vinculados a las ciencias sociales. Por un lado, aparece el problema ya mencionado de la relación entre explicación y comprensión, y la centralidad de la comprensión en cuanto se define a las ciencias sociales como una empresa hermenéutica. En estrecha relación con esta cuestión surge otro tema relacionado: el de la objetividad en las ciencias sociales. A este respecto suele operar el prejuicio naturalista de que la objetividad, tal como se logra en las ciencias naturales, es imposible en las ciencias sociales. Así, se suele hablar de los compromisos políticos del investigador, de la imposibilidad de no tomar partido frente al objeto de estudio, e incluso del uso ideológico de las teorías sociales. Todo ello pondría de manifiesto el nivel de “retraso” que afecta a las disciplinas sociales frente a su “hermana mayor”.¹⁴

Por supuesto que el problema de qué tipo de objetividad tiene sentido esperar en las ciencias sociales no es menor, pero conviene recordar que las ciencias naturales también enfrentan una situación similar. Autores como Kuhn, pero antes también el propio Popper, han admitido que la relación entre la teoría y los datos (es decir, la relación entre la teoría y el mundo que la teoría describe) ya no puede pensarse según el paradigma del espejo:



la teoría no es simplemente un reflejo del mundo, sino que la propia perspectiva teórica, en algún sentido, "crea" el mundo que describe. De ahí la famosa tesis kuhneana de que "los datos están cargados de teoría". Incluso para Popper los enunciados de más bajo nivel (es decir, los enunciados empíricos) tienen contenido teórico y son, por ello, hipotéticos.¹⁵

La cuestión de la relación entre teoría y dato cobra un especial significado para el caso de las ciencias sociales. Se dijo ya que el mundo social es un mundo que no sólo es objeto de interpretación por parte de los científicos sociales, sino que también es interpretado por los sujetos que lo conforman. Los seres humanos tienen un conocimiento de "sentido común" del mundo de la vida en el que habitan.¹⁶ Desde el inicio, entonces, aparece el problema de la relación entre el conocimiento de sentido común y el teórico. Esto es, hasta qué punto los científicos sociales tienen que tomar en cuenta ese conocimiento de sentido común como punto de partida (es decir, como un dato) de la interpretación que proponen, para ajustarse al postulado weberiano de la "interpretación subjetiva". Pero, en segundo lugar, se genera una cuestión más compleja e interesante. El sentido común de los agentes sociales incorpora conocimiento teórico y es, de este modo, modificado. Es decir, como agentes sociales, nuestra comprensión de nosotros mismos y del mundo que nos rodea, está empapado de categorías tomadas de la sociología, la psicología, la economía o la historia, tal como se expresa en el uso cotidiano que hacemos de términos como "clase social", "inconsciente" o "revolución", todos ellos términos teóricos de las ciencias sociales, pero también con un significado para nosotros en la vida diaria. Nuestras concepciones de las instituciones sociales, de la vida política y de nosotros mismos en este mundo de la vida en particular, se ven afectadas por la divulgación del conocimiento social. Giddens ha dicho que mientras las ciencias naturales se relacionan con un objeto que "no responde", la teoría social cambia el objeto que estudia en cuanto le provee elementos que el sentido común incorpora como categorías para definir el mundo de la vida.¹⁷ Aquí se nota por qué el paradigma del espejo está agotado, si la teoría modifica aquello que estudia, no hay forma de comparar una hipótesis propuesta con un mundo-objeto libre de contaminación teórica. El problema de cuánto y de qué manera afecta el conocimiento científico al sentido común es un problema complejo, porque la relación entre ambos es bidireccional. La ciencia toma como dato conceptos del sentido común, y el sentido común se redefine a su vez por la difusión del conocimiento social. En muchos casos, las ciencias sociales critican y refutan el sentido común (por ejemplo, pueden exhibir el origen socio-histórico de prejuicios raciales o de desigualdad entre los sexos, supuestamente basados en diferencias biológicas), en otros casos amplían la perspectiva del sentido común (como cuando la sociología o la economía nos ponen de manifiesto el lugar que nuestro trabajo ocupa en el mundo material).¹⁸

De todo esto no se sigue un uso tecnológico de las ciencias sociales. Es decir, pretender que el conocimiento científico permitirá el descubrimiento de ciertas variables que, una vez manipuladas, podrán producir determinados efectos. Pensar eso sería seguir pensando la ciencia social con el paradigma de la ciencia natural, dejando a un lado la importancia que los agentes históricos concretos tienen al tomar la decisión de seguir tales cursos de acción en lugar de otros. Las relaciones complejas entre teorías sociales y mundo de la vida exigirán revisar los problemas relativos al compromiso no ya sólo del investigador con determinados valores morales, sino incluso al tipo de sociedad que la teoría propuesta supone. Las ciencias sociales no pueden formular simples teorías empíricas, sino que al intentar describir, explicar y comprender el mundo social, también ponen en juego concepciones normativas de lo social. He aquí el hecho por el que, para muchos autores, la neutralidad valorativa no puede ser un ideal de la práctica de los científicos sociales.¹⁹

Debe reconocerse que la presentación de un panorama de los problemas filosóficos de las ciencias sociales contemporáneas coloca a los autores de los trabajos aquí reunidos frente a una tarea ardua. Por lo conflictivo que el recorte temático pueda resultar, pero también por el enorme esfuerzo de síntesis, claridad y precisión que tal tarea exige. Creo que los artículos aquí reunidos cumplen holgadamente con esas exigencias, pero, además, constituyen un material único para introducirse en la filosofía de las ciencias sociales, desde la propia perspectiva de las ciencias sociales. Sin embargo, no es ése su único mérito. No es una virtud menos importante que este libro sea el resultado del trabajo de un equipo docente del que tuve la satisfacción de participar, y que, con algunas variaciones en sus integrantes, funciona desde hace más de diez años. Años en los que las lecturas compartidas, las discusiones entusiastas, las pasiones filosóficas encontradas, han dado lugar al surgimiento de una amistad profunda y sincera. Y a este libro.

ROSA BELVEDRESI

NOTAS

1. Estos nombres engloban a las ciencias "humanas" que caen bajo la caracterización general que expresa el término alemán *Geisteswissenschaften*.
2. Es clara la connotación kantiana que tiene esta distinción: mientras el mundo de la naturaleza es el mundo de la causalidad; el mundo histórico es el de la libertad. La imposibilidad de aplicar las ciencias naturales al mundo histórico tiene, entonces, un sustento, si se quiere, metafísico por cuanto la causalidad no puede nunca expresar la estructura constitutiva del mundo histórico.
3. A este respecto es clásica la distinción de Windelband entre ciencias nomotéticas (que explican utilizando leyes universales) y ciencias ideográficas (que buscan

la comprensión de lo individual). Aunque con diferencia de matices, ésta es la distinción que aparece en Dilthey y Rickert.

4. Esta aclaración es pertinente porque los científicos sociales suelen reconocer como objetivo explícito de sus investigaciones querer "explicar" los fenómenos que estudian (por ej., ciertos comportamientos electorales), por lo tanto, difícilmente la filosofía de las ciencias sociales pueda decir que tal objetivo no es lícito para ellas.

5. Me refiero de manera general a la intencionalidad de quienes actúan, no estoy haciendo ninguna afirmación acerca de que las acciones resultantes sean totalmente intencionales. En este punto, tampoco hace falta todavía tomar la decisión metodológica de si tales actores deben ser considerados como individuos o como colectivos.

6. Así por ejemplo, analizar la acción bélica de un estado frente a otro como la respuesta defensiva de uno a los ataques terroristas del otro, supone ya una descripción de las acciones involucradas de modo tal que sea inteligible establecer la relación causal entre los (así definidos como) "ataques terroristas" y la (así definida como) "reacción bélica". Tan importante es este punto que podría decirse incluso que si se modificara la descripción de una acción, se pondría en tela de juicio el establecimiento de la relación causal en particular. Tenemos un ejemplo interesante de esto en la historia argentina reciente, si se entiende que la dictadura militar que se instala en el gobierno en marzo de 1976 libra una "guerra" contra grupos armados de estructura y organización similar a los de un ejército regular, pueden establecerse relaciones causales distintas que si se parte de la idea de que la dictadura militar instaura un terrorismo de estado, en cuyo caso las acciones del gobierno militar ya no se definen por ser reacciones contra grupos armados, sino por su actitud de persecución y represión de los opositores (formen parte de las organizaciones armadas o no). Me doy cuenta de que éste es un punto conflictivo que introduce un elemento político no trivial en las definiciones mismas que se utilizan al explicar los fenómenos sociales.

7. Para un análisis más detallado, véase von Wright, G. H.: *Explicación y comprensión*, Madrid, Alianza Editorial, 1979, cap. 3. Para un enfoque filosófico general del tema de la acción, véase Anscombe, G. E. M.: *Intención*, Barcelona, Paidós, 1991.

8. Un texto clásico en el que se critica la comprensión por sus supuestas características empíricas es el de Abel, T.: "La operación llamada 'Verstehen'" (1938); en: I. H. Horowitz (ed.): *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*, Buenos Aires, Eudeba, 1964, págs. 185-196.

9. Cfr. Winch, P.: *Ciencia social y filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, s/f, en especial el cap. 1.

10. Supóngase que la acción *x* en cuestión sea la acción de "votar en una asamblea". Es claro que para que alguien vote no basta con que levante su mano si no sabe que al hacer ese movimiento está votando, esto es, si no entiende cuáles son las reglas en juego en el contexto de acción particular de la asamblea y no puede, por tanto, prever cuáles son las consecuencias que se siguen de ese gesto.

11. Por "naturalismo" entiendo, en este contexto, las posiciones epistemológicas para las cuales la ciencia natural representa el paradigma del conocimiento científico.

12. Así, la base empírica de las ciencias sociales debería considerarse como "metodológica", en cuanto la propia descripción de los datos supone ya el uso de categorías interpretativas, cf. Klimovsky, G.: *Las desventuras del conocimiento científico. Una introducción a la epistemología*, Buenos Aires, A-Z Editora, 1994, págs. 308-311.

13. Así, "descubrir el 'significado' de una acción [...] es parte del propio proceso básico de identificar acciones que debe preceder a cualquier teoría formal o informal", esto es, es parte del modo en que la comprensión opera en la vida cotidiana. Outhwaite, W.: *Understanding Social Life. The Method called Verstehen*, Sussex, Jean Stroud Publisher, 1986, págs. 15-16, 2ª ed. Cf. en el mismo sentido: Taylor, Ch.: "Interpretation and the Sciences of Man", en *Philosophical Papers*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, págs. 15-57, 1ª reimp., vol. 2.

14. Es este prejuicio el que funda la distinción entre ciencias "duras" —es decir, "objetivas"— y ciencias "blandas". Siguiendo esta distinción, sería interesante proponer que la Facultad de Ciencias Sociales se denominara, entonces, "Facultad de Ciencias Blandas", o mejor aún, "Facultad de Ciencias Inexactas", situación que exhibiría a la luz el prejuicio aquí enunciado.

15. Cf. el famoso cap. 5 "El problema de la base empírica" de *La lógica de la investigación científica*, Madrid, Editorial Tecnos, 1980, 5ª reimp.

16. "La premisa trascendental de cualquier ciencia de la cultura [es] la circunstancia de que nosotros seamos seres civilizados, dotados con la capacidad y la voluntad de tomar una actitud consciente frente al mundo y conferirle un sentido"; Weber, M.: *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, "La objetividad del conocimiento en las ciencias y la política sociales", págs. 54-5, Barcelona, Planeta-Agostini, 1985.

17. De ahí que el problema no sea, como lo señaló alguna vez Nagel, que los seres humanos modifiquen su conducta cuando se saben estudiados, lo que podría afectar la confiabilidad de, por ejemplo, una encuesta, ya que los individuos podrían responder aquello que suponen es lo que se espera que respondan, y no lo que verdaderamente creen.

18. Para este punto véase: Taylor, Ch.: "Social Theory as Practice", en *Philosophical Papers*, vol. 2, op. cit., págs. 91-115.

19. Ésta es la posición de autores como, por ejemplo, Taylor y Habermas.